

JOSE GUERRA: TALENTO Y OBSTINACION

Gabriel de Molina

Fuera de órbita, ajeno a los vaivenes de la moda y la fama, el pintor José Guerra acecha en su estudio doméstico, presagia un color y lo instala en la butaca de su lienzo, acompañado por otras materias que el artista ennoblesce. En el año presente obtuvo el Premio Nacional de Pintura "*Ciudad de San Roque*" y no por causa del azar sino de su talento.

Talento que le ha granjeado la simpatía de quienes, incluso, no comulgan con las tendencias plásticas de este siglo convulso y extraordinario cuando, por cierto, el más pintado, incapaz de advertir la engañifa entre un Murillo original y un copista, se atreve a conculcar a cualquier rebelde que disienta, que se arriesgue y que se obstine en la fábrica prometeica de la heterodoxia.

De entrada, Guerra no es un pintor figurativo y la abstracción a caído en desgracia. Tampoco vive en color de la Corte sino en un rincón provinciano y no ejerce como maestro de ceremonias sino, antes bien, como monje cartujo. A pesar de todo ello, y no es moco de pavo, se ha ganado el respeto de su paisanaje de sus contemporáneos. Es como el mago que demuestra que no hay trampa ni cartón en sus trucos circenses.

Nunca, como en los últimos cien años, ha sido tan profundo el abismo que media entre la intención de los creadores y la interpretación generalizada del arte. Posiblemente, la historia comprenda estas décadas como el flujo de una revolución estética, de mayúscula importancia, que sólo, y a pesar suyo, será entendida cuando ya se encuentre acabada. El hombre cotidiano sigue prefiriendo comprender que presentir. Sus artistas pretenden invitarle a la orilla contraria, a que cruce el río de la ló-

gica, lo abandonen en su curso al mar, que es el morir, y descubran la nueva tierra prometida, la de las sensaciones, la de los escalofrantes sentidos en donde vuelve a palpitar el asombro y el espanto, como fuerzas primigenias y absolutas. Allí, la patria de José Guerra Leiva, natural de Ceuta y afincado en Algeciras. Escasas y locales exposiciones individuales no desmerecen, sin embargo, ni su prestigio o nombradía entre quienes se mueven al loro de la modernidad. En 1980, el Ministerio de Cultura le

Artes

brindó una de sus becas de artes plásticas y tampoco entonces ni la casualidad ni la sumisión tuvieron que ver en tal gracia.

Sorprende, entre toda esta maraña, que su obra no haya despertado, empero, el interés de cierta crítica, tal vez engatusada por las veleidades pasajeras. Con todo, la tinta derramada en torno a su obra ha sido la del elogio y, rara vez, comparece entre sus grumos el desdén o la ira. Pero al halago, en ocasiones, le ha faltado rigor y ha sido fruto temprano del encandilamiento que en propios y extraños ha despertado ese trabajo atrevido e inefable, que bebe de las fuentes clásicas y de las coetáneas pero que adquiere una cualidad personalísima, singular e intransferible, una dimensión inquebrantable.

Como cualquier pieza de arte, las de Guerra son una suerte de su circunstancia. una visión del tiempo y del

mundo que si a veces es placentera, otras sórdida, enigmática otra. Una vez obtuvo galardón en un certámen de poesía visual. Su pincel contrastaba unos versos de Ernesto Cardenal, cuyas palabras venían al pelo y corresponden a unos de los epigramas del poeta nicaragüense:

"Se oyeron unos tiros anoche.

Se oyeron del lado del cementerio.

Nadie sabe a quien mataron o los mataron.

Se oyeron unos tiros anoche.

Eso es todo".

Ese eco insondable, esa resonancia que concluye, a modo de punto final, tal poema es la insinuación pareja que despierta una tela de Guerra: como un golpe en mitad de la madrugada, como el claro de luna, como el ruido de los continentes al moverse.